



La dama del corazón de piedra *Autor: Andrei Madelin Unbrarescu* *Ganador 2014 relato corto juvenil*

Era una tarde gris de octubre. Las negras nubes amenazaban con descargar su furia en la tierra y el viento embestía con la fuerza de un toro. El mal tiempo obligó a los niños a quedarse en sus casas y a los adultos a reunirse en las tabernas para dejar correr el dinero en cervezas. Las mujeres bailaban y reían mientras que los hombres, algunos observaban el baile de las jóvenes, y otros estaban reunidos en grupos, charlando y bebiendo hasta perder el sentido. Steven, un hombre de cuarenta años pero con aspecto más envejecido de lo que su edad supone, estaba reunido con dos compañeros de trabajo. Estaban sentados en un rincón de la taberna, observando la alegría que difundían los jóvenes bajo los efectos del alcohol y de algunos ancianos que se animaban a hacer lo mismo.

-Me pregunto, si alguno de esta gentuza tiene familia –dijo Steven alargando la vista a su compañero de la derecha, George.

George era el vecino de Steven y tenían la misma edad. Pasaron la infancia juntos y aún siguen estando igual de unidos. Se podría decir que eran como hermanos.

-Algunos están por lo mismo, porque no tienen. Otros simplemente prefieren esto, y al fin y al cabo acabarán perdiendo a sus familiares, así volviendo a lo primero, a que serán desgraciados sin familia. Por último, los jóvenes son jóvenes, que aprovechen antes de que les salgan arrugas –dijo George con aire reflexivo.

Claudio, el tercer compañero y diez años mayor que los otros dos, se llevó el cigarrillo a los labios y expulsó en el aire una densa capa de humo.

-Que falte lo que tenga que faltar, pero que no falte la alegría. ¿Qué mas nos da a nosotros la vida de algunos insensatos, mientras se respire un ambiente placentero? Que

fluyan las risas y la cerveza si hace falta, antes de que las lágrimas petrifiquen al corazón –
río Claudio.

-Ya estamos de nuevo –añadió George con cansancio.

Claudio nunca dudó de sus palabras.

-La dama del corazón de piedra, ¿eh, Claudio? –Steven sonrió a su compañero que
daba otra calada.

-En tardes como estas, una joven hermosa, aparece en las oscuras calles de este
pueblo, con el fin de seducir a un pobre hombre dolido por los desengaños amorosos, y
quitarle toda la energía vital que le queda a su corazón, petrificándolo para siempre y
cambiando su conducta. La dama se alimenta de esa energía para mantenerse viva, mientras
que el desgraciado, no dejará nunca de pensar en ella, hasta que el sufrimiento lo conducirá
a la muerte –relató Claudio.

-¡Bah, tonterías! –gruñó George, haciendo un ademán de ignorancia.

A George no le gustaban los mitos, no creía en estúpidas leyendas que los ancianos
creaban para asustar a los jóvenes. Claudio lo miró con aire de superioridad.

-Ya veremos –susurró para sí mismo.

Era ya tarde y los tres hombres decidieron volver cada uno a su casa. Estuvieron
esperando dentro del local hasta cesar la tormenta. Claudio se despidió de sus compañeros
yendo por otro camino, mientras que Steven y George marcharon juntos. El silencio de la
noche era incómodo y aún estaba chaporreado un poco. Steven jugueteaba con las llaves
en el bolsillo causando un molesto ruido que George advirtió. El camino era largo y la
noche silenciosa, solamente las gotas de agua podían oírse.

-Maldito tiempo –gruñó George.

Steven soltó una carcajada. El temperamento de George era conocido en el pueblo y
todo el mundo sabía hasta que límite podría llegar. Era una persona muy admirada por sus
amigos, pero temida por sus enemigos.

-Dos valientes andando en la noche oscura bajo la lluvia y los susurros del viento.
¿Qué te parece? –se rió Steven.

George hizo una imitación de una carcajada pero en tono de burla a la que Steven
reaccionó con una sonrisa. Desde pequeños solían hacerse bromas pesadas el uno al otro y
nada cambió hasta entonces, ni siquiera la fuerte amistad que les unía.

Un nuevo silencio acogió la larga calle por donde caminaban los dos hombres.
George decidió romperlo:

-Bueno amigo, dime, ¿qué piensas sobre esa leyenda de la dama del corazón de piedra?

Steven miró a su amigo sin quitar la sonrisa de sus labios y con ojos afectuosos.

-¿Tienes miedo, George Waltz? –se burló.

-Imbécil –gruñó George.

-Puede existir –dijo Steven–, o no. Lo que si es verdad, es que muchos hombres han desaparecido últimamente y han tenido violentos cambios de actitud. Se vuelven solitarios o violentos. Dependen del alcohol y dejan atrás sus esposas e hijos.

-El corazón del hombre es muy fácil de corromper, ya sea por problemas personales, económicos, o lo que fuera –interrumpió George.

-Demasiadas coincidencias amigo mío –prosiguió Steven–, demasiadas coincidencias...

El camino llegaba a su fin y el destino de ambos amigos estaba cerca. Tomaron la próxima calle a la derecha y quinientos metros más adelante se hallaría las dos casas que están una en frente de la otra. Al llegar, se despidieron entre nuevas bromas y burlas.

Eran cerca de las once de la noche, y la esposa de George lo aguardaba junto a su hija de nueve años para cenar. George le dio un beso a su esposa al entrar y abrazó a su hija, como de costumbre. Era una familia feliz, sin ningún problema por medio que pudiera estropearla. El sueño batió a toda la familia y se fueron a la cama nada más cenar, pero aquella noche George no pudo dormir bien. En sus sueños, una dama vestida de blanco lo perseguía por las oscuras calles del pueblo con un corazón de piedra en su mano. George se despertó violentamente y eso asustó a su esposa que descansaba a su lado. Hubo un momento de confusión, pero George tranquilizó finalmente a su mujer y decidió darse un paseo para poder tranquilizarse él mismo. Se vistió y salió a la calle a darse un breve paseo nocturno. Olía a tierra mojada, y eso traía muchos recuerdos a George de su infancia, de sus difuntos padres, de aquellos días en los que jugaba con Steven y con los demás niños que se marcharon en otras tierras. El cielo estaba despejado y podía admirarse las hermosas constelaciones y el brillo de las estrellas. George se sentía en paz consigo mismo, estaba tranquilo. Decidió alargar su paseo un poco más, aquella sensación era demasiado agradable como para dejarla acabar tan pronto. George prosiguió su camino hasta llegar a la gran plaza del pueblo. En ese momento, el viento empezó a soplar por encima de la agradable brisa que predominaba antes. Unos extraños ruidos que parecían más bien susurros empezaron a oírse por detrás de George, obligándole a darse la vuelta rápidamente y comprobar el terreno. Aquel agradable momento que nuestro hombre estaba viviendo

pasó a convertirse en una escena de terror. George estaba aterrado y pensó que lo mejor era volver a casa pero al darse la vuelta, una silueta en el fondo se estaba dirigiendo hacia él. Llevaba una túnica blanca, encapuchada, parecía sujetar algo en la mano. George recordó su sueño y trató de huir desesperado por los sucios callejones. El sudor resbalaba por su frente y la adrenalina pegaba fuertes subidones. George trató de pellizcarse la piel para comprobar si era nuevamente aquella pesadilla. No, no era ninguna pesadilla. Por muchas veces que se pudiera chocar con la pared, no se despertaría, pues era realidad. George no dejó de correr en ningún momento, y en ningún momento miró hacia atrás. Tal era el miedo que no se daba cuenta que se estaba alejando cada vez más de su casa y que se dirigía hacia un callejón sin salida. Cerró los ojos por un instante, y al abrirlos nuevamente, se encontró con un alto muro que le cerraba el paso. Maldijo mil veces hacia sus adentros por la mala suerte. Supuso que había dejado atrás fuera lo que hubiera sido aquello, pero su suposición se hallaba muy lejos de la verdad. En un instante, el personaje encapuchado de la túnica blanca apareció por la esquina. Caminaba muy despacio hacia George. La cara de éste se volvió blanca como la de un fantasma, como si estuviera en frente a la mismísima muerte. Podría estarlo.

Lentamente, el personaje de la túnica blanca llegaba hacia George. No le quedó más remedio que morderse el labio, llenarse de coraje y apretar los músculos en señal de ponerse a la ofensiva. Aquel era George, un auténtico luchador. Pero los luchadores tienen sus debilidades. El personaje de la túnica blanca se quitó la capucha y dejó a descubierto el rostro de una hermosa muchacha que brillaba en la oscura noche. Ni las estrellas ni la luna podían competir con la belleza que George estaba admirando en ese momento. Sus ojos penetrables eran grises y su rostro blanco como la nieve. Sus labios carnosos tentaban a George y su cabello dorado estaba siendo arrastrado por la suave brisa que se impuso. La joven muchacha sonrió y le señaló un corazón de piedra que sujetaba en la mano. Sus labios expulsaron unas siniestras palabras acompañada de una sonrisa que tomó forma maligna:

-¿Sigues pensando en la inexistencia de los personajes de los cuentos, señor Waltz?

George se estremeció.

-¿Sigues pensando en la inexistencia de la dama del corazón de piedra, George? – volvió a decir sin quitar aquella maligna sonrisa que lo tenía cautivo.

Los ojos de la muchacha se abrieron más de lo normal e incrustó el miedo en el corazón de George.

-Un hombre tan atractivo y a la vez tan estúpido –dijo la muchacha esta vez con odio.

George sintió que su corazón iba a explotar de las fuertes palpitaciones que tenía en ese momento. No dijo ni una sola palabra en ningún momento y pensó que aquel iba a ser su último momento con vida. Se arrepintió de haber ignorado la leyenda de la dama del corazón de piedra y de la indirecta advertencia que hizo su compañero Claudio.

En ese momento, la joven muchacha se acercó a George y tocó sus labios con el dedo índice.

-No me olvides George, espero que esta noche te haya servido de algo –dijo la dama en un susurro sensual.

La joven muchacha hizo un corte en el labio de George con la uña y dio dos pasos hacia atrás.

George cerró los ojos y de repente... todo cambió. Todo desapareció. La joven muchacha, el callejón sin salida... Se hallaba en frente de su casa. George se frotó los ojos tres veces. Quizás fue una posible alucinación que aquellas noches podía provocar, una simple jugada de la imaginación. Podría haber sido cualquier cosa. George se despreocupó un momento. Entró en la casa y trató de olvidar el asunto, pero al entrar en la cama, se dio cuenta que había sangre en su almohada. Esa sangre venía de su labio. Tenía un pequeño corte. George sintió un fuerte sentimiento que no podía explicar al recordar lo que hace diez minutos había ocurrido. Su esposa volvió a despertarse y preguntaba si se encontraba bien. Esta vez George vaciló un instante, pero consiguió afirmar finalmente, aunque hubiese sido todo lo contrario.

En los días siguientes, el comportamiento de George dio un giro muy radical. Se había vuelto un hombre solitario y sentía una fuerte opresión en el pecho, sin siquiera saber el motivo. George no fue capaz de olvidar aquella extraña noche. Se mostró más distante con sus compañeros, con Steven, con su esposa y con su hija.

-¿Qué te ocurre George? No pareces el mismo –le preguntó Steven un día de aquellos.

George no contestaba siquiera. Se limitaba a agachar la cabeza y a eludir el tema. Lo tomarían por loco, y lo peor de todo es que iría en contra de su orgullo dándole la razón a Claudio. George nunca traicionaba su orgullo.

Todas las noches se acostaba con aquel persistente recuerdo. Cuando soñaba también soñaba con esa joven muchacha que le robó el corazón y se lo petrificó. Su esposa estaba preocupada, no menos la hija.

-George, por Dios, ¿que te ocurre? ¡Cuéntame maldita sea, no eres tú!

George desganado hacía un ademán con la mano para decirle que le dejara en paz. Su esposa palideció. Él nunca hizo ese gesto. Fue a hablar con varios vecinos del pueblo y pensó en acudir a un psiquiatra.

-El señor Hooking es un profesional –le dijo la esposa de Steven, también presente en la conversación con la preocupada mujer.

A los dos días el señor Hooking apareció en el portal de los Waltz.

-¿Qué significa esto? –gruñó George.

Su mujer acudió al instante.

-Cariño, estamos todos preocupados, estás muy diferente... Steven, Claudio, yo... Hemos pensado en llamar al señor Hooking para que te hiciera una serie de pruebas para ver si te ocurre algo... George por favor...

George accedió de mala gana. Él y el psiquiatra se fueron a una habitación a solas. Se sentaron ambos uno frente del otro. El psiquiatra adoptó una posición cómoda tratando de producir una conversación abierta para que George explicara sus emociones. Pero no todo iba a salir tal como el señor Hooking tenía planeado.

-Dígame George, ¿qué nota realmente en su interior?

-Cansancio. Cansancio de preguntas que me hace usted y el resto de la gente.

“Uhm. Un tipo duro” –pensó Hooking.

-Verá George, usted está cansado no de las preguntas, sino de la preocupación que tenemos por ti. ¿Por qué no tiene más en consideración las buenas intenciones que la persistencia de los interrogantes?

-¿Que por qué? Mire, no me joda. No me pasa nada, ¿de acuerdo? –mentía –. Son solo imaginaciones, tuyas y de los demás. Si de verdad me pasara algo lo sabría yo antes que vosotros.

Hooking se quitó las gafas.

-De acuerdo. Hagamos una cosa. Hagamos una recapitulación de todo lo que hacías hace dos semanas, antes del supuesto cambio que niegas, y todo lo que has hecho esta semana por ejemplo. ¿Ha ocurrido algo en concreto?

George tragó saliva. Estaba sudando y temblando.

-No.

-Me miente –dijo Hooking con firmeza.

George aprieta el puño.

-He dicho que no.

Hooking le mira fijamente.

-Me estás mintiendo George.

-¡He dicho que no ha ocurrido nada! –gritó George.

Seguidamente éste le propino un puñetazo al psiquiatra y salió de la habitación dando un portazo. Su mujer trató de detenerlo pero también golpeó a ella apartándola de su camino.

George llegó a abandonar a su familia y acabó huyendo de ese pueblo, aislándose en las montañas, desapareciendo para siempre. No fue capaz de encontrar más ganas de vivir, no fue capaz de olvidar a la bella dama que sujetaba el corazón de piedra. Quizás es por eso por lo que ella se llama así.

La dama roba el corazón del hombre, y lo sustituye dejándolo por uno de piedra, dejando un profundo vacío y dolor. Quizás George haya muerto, como el resto de las víctimas de la dama del corazón de piedra. Quizás no aguantó ni un día más siquiera con la tortura de la persecución de esos ojos en su memoria. Quizás, quizás y quizás... ¿Quién sabe? ¿Acaso el hombre decide su destino cuando se enamora de una mujer?